



LIBRO II

La igualdad cristiana

CAPÍTULO PRIMERO

LA IGLESIA PRIMITIVA Y LA ESCLAVITUD

I

Uno de los padres de la primitiva Iglesia hablaba de «misterios divinos destinados á producir eterna resonancia, pero operados en el silencio de Dios»: *magna mysteria clamores, que in silentio Dei patrata sunt* (1). Esta hermosa fórmula podría muy bien aplicarse á la actitud del primitivo Cristianismo con respecto á la esclavitud. Casi en silencio, con trabajo lento é insensible, respetando todos los derechos adquiridos, sin violentar ninguno, sustituyó las instituciones y costumbres que hacían necesaria la esclavitud, por otras nuevas con las cuales la existencia de la esclavitud era incompatible.

Para quien tenga el sentido de la Historia, seguramente es éste uno de los más hermosos espectáculos que le puede ofrecer; mas no lo comprenderán los que no admiten que pueda operarse una revolución más que por medios violentos. Preguntan cuál fué la fecha precisa en que la Iglesia invitó á los esclavos á que sacudieran su yugo. Recuerdan á San Pablo, á los primeros padres, á los apologistas más antiguos, recomendando á los esclavos obediencia, resignación,

(1) San Ignacio de Antioquia, *Ad Ephesios*, 9.

cariño hacia sus amos. «Este, dicen, ha sido el papel de la Iglesia: pudiendo ponerse de parte de los oprimidos, prefirió hacerse auxiliar y casi cómplice de los opresores. Por su causa se contuvieron los esclavos, y las conmociones que periódicamente agitaban á las masas dolientes en el mundo romano, fueron desvaneciéndose poco á poco. Los esclavos se acostumbraron á padecer con resignación su suerte: luego su redención, lejos de acelerarse, se retrasó con la influencia cristiana.»

No tengo inconveniente en reconocerlo: el Cristianismo predicó la resignación á los oprimidos; pero al mismo tiempo se dedicó á moldear, suavizándole, el corazón de los opresores. Dijo á los esclavos: «No pretendáis salir violentamente de vuestro estado», y al mismo tiempo dijo á los amos: «Amad á vuestros esclavos como á hermanos, disminuíd su número, que es excesivo, reconocedlos como vuestros iguales, y á veces como vuestros superiores ante Dios, dadles el derecho al matrimonio y á la familia que la ley civil les niega, y, por último, si queréis salvar vuestra alma, *pro remedio anima*, decretad su libertad». En los primeros siglos cristianos éste fué el lenguaje de la Iglesia, y lo que pidió á los esclavos y á los amos lo obtuvo de los unos y de los otros. Así fué operada ó, si se quiere, preparada, por medios dulces y pacíficos una transformación completa en la situación moral y social del mundo. En cierto modo la Iglesia organizó la civilización antigua sobre nuevos cimientos, sin producir la menor sacudida en el frágil y aviejado edificio. ¿Quién hubiera podido llevar á cabo obra tan delicada sino la más ligera y dulce de las manos, la mano de una madre, mejor dicho, la mano de Dios?

Infinitos miramientos se necesitaban para tocar esta cuestión de la esclavitud sin producir una sacudida profunda en la estremecida muchedumbre que difícilmente podía contener la política romana. La sociedad antigua se asentaba por entero en la esclavitud: esta base poco segura oscilaba á cada momento bajo el edificio que sostenía. Varias rebeliones de esclavos pusieron á la República romana á dos dedos de la disolución. Un solo esclavo fanático que se dijera

inspirado por cualquier diosa extranjera, por una de las divinidades de Oriente cuyo misterioso culto daba vagas promesas de felicidad á aquellas almas supersticiosas en el dolor, podía, como Euno, en Sicilia, sublevar á 200.000 compañeros de esclavitud, proclamarse rey y declarar á Roma una terrible guerra que no pudo ser sofocada hasta después de dos años de lucha, para renacer más encarnizada aún treinta años después (1). En las postrimerías de la República, setenta y tres años antes de la Era cristiana, un gladiador, Espartaco, hacía igual llamamiento á los esclavos fugitivos y aventureros de todas clases que llenaban Italia, reunió 70.000 de estos desesperados, reformó sus costumbres doblegándolos á una austera disciplina, venció sucesivamente á un pretor y á tres cónsules, amenazó á Roma, libró siete batallas, y tuvo en jaque durante un año á todas las fuerzas de la República (2). A medida que iba nublandose la suerte de Roma, los esclavos se mostraban más amenazadores. Unidos á la gente del pueblo bajo, continuamente suscitaban algaradas.

Cuando Catilina levantó el estandarte de la revolución, muchos de ellos huyeran para unirse á él (3). El Senado, presa de un verdadero terror, envió fuera de Roma, internándolos en varias ciudades de Italia, á todos los gladiadores, temeroso de que hicieran causa común con los revolucionarios (4). Si Catilina hubiera vencido, Roma entera hubiese quedado á merced de los esclavos (5). Dos años después de la derrota de Catilina el tribuno Clodi sublevó á los esclavos, que estaban ya dispuestos á incendiar á Roma y á sacrificar al Senado si no se decretaba el destierro de Cicerón (6). Entre la muchedumbre popular que se agitaba alrede-

(1) Diodoro de Sicilia, *Fragm.*, XXXIV, 2; XXXVI, 2, 10; Floro, *Epit. rerum rom.*, III, 9.

(2) Appiano, *De Bello civ.*, I; Plutarco, *Marcus Crassus*, 8, 10; Floro, III, 20.

(3) Salustio, *Catilina*, 56.

(4) *Ibid.*, 30.

(5) Cicerón, *Pro domo*, 42.

(6) *Id. Pro domo*, 34; *Pro Caelio*, 32; *Pro Plancio*, 36; *Pro Sextio*, 21.

dor de la pira de César, muchos esclavos amenazaban con sus hachones encendidos los templos y las casas (1). Las guerras civiles de los últimos años de la República acrecentaron su audacia. La flota de Sexto Pompeyo se componía en su mayor parte de esclavos fugitivos; las ergástulas, dice Floro, se declararon por él (2). Augusto, en la inscripción de Ancira, declara que después de la derrota de Sexto «devolvió á sus amos, para que les dieran muerte, treinta mil esclavos que habían huído y hecho armas contra la República.»

En los primeros siglos del Imperio las agitaciones de esclavos fueron menos frecuentes ó menos temibles, ó, mejor dicho, el peligro que representaban cambió de forma. En los campos, donde la población servil fué poco á poco sustituyendo á la libre, y donde los terrenos cultivados quedaron en muchas partes reducidos á llanuras incultas, se formaron dos cuadrillas de ladrones que llevaron por doquier, aun á Sicilia, á Italia y hasta las puertas de Roma, la desolación y el pillaje. Estos bandidos eran en su mayoría esclavos fugitivos, que encontraban auxiliares y cómplices entre los millares de pastores esclavos que poblaban los vastos *latifundios*. Estos esclavos rústicos y bárbaros, como los llama Cicerón, estos feroces gañanes que vivían en las montañas en estado salvaje, según una expresión de Tácito, hacían una guerra de guerrillas y sorpresas á la sociedad civilizada. Para conmover al mundo romano bastaba que un gran propietario no tuviera bien sometidos á los esclavos que poblaban sus bosques y sus tierras de pastos: el año 54 fué acusada una dama porque, «no sujetando con yugo bastante férreo los ejércitos de esclavos que poseía en Calabria, comprometía la seguridad del Estado» (3). El año 24 un aventurero, un antiguo soldado, intentó sublevar á los esclavos rurales del sur de Italia: el movimiento pudo reprimirse fácilmente; pero «Roma, dice Tácito, empezó á temblar á causa de la multitud de esclavos que encerraba en su seno, mientras que

- (1) Cicerón, *Philipp.*, I, 2; *Ad. Atticum*, XIV, 10.
 (2) Floro, IV, 8.
 (3) Tácito, *Am.*, XII, 65.

la plebe de origen libre disminuía de día en día» (1). Ninguna defensa parecía demasiado cruel contra los ejércitos de esclavos que al más leve grito de sedición parecían surgir de la tierra. Después de cada sublevación se los ajusticiaba por centenares, por millares. Cuando Espartaco fué vencido, Crasso mandó colocar á lo largo de la carretera que iba desde Capua á Roma seis mil cruces, de las cuales fueron colgados los prisioneros (2). Después de las guerras de Sicilia se prohibió á los esclavos de este país llevar ningún arma: uno de ellos mató con un venablo á un jabalí que asolaba la comarca, y lejos de ser recompensado, fué crucificado. Cicerón cuenta este caso sin lamentarlo. Valerio Máximo lo aprueba en nombre de la razón de Estado (3). Para ser tan feroz, era preciso que Roma tuviese mucho miedo. A pesar de este régimen de terror, «la guerra servil, dice Plutarco, palpitaba bajo sus cenizas; una chispa bastaba para reavivar la hoguera» (4). Todos lo sabían: las gentes se creían amenazadas por este peligro incesante, que estaba, por decirlo así, en el aire y que un día ú otro podía estallar de nuevo. Los temas de declamación escogidos en las escuelas de Retórica conservan el sello de esta disposición de los espíritus. Parecía que se complacían en discurrir sobre estos terrores imaginarios, y en dar cuerpo por la palabra á fantasmas cuya aparición temían á cada instante. Séneca, el padre, en una de sus *Controversias* pinta á una ciudad dominada por un tirano que obliga á todos los hombres libres á huir, y concede á los esclavos la facultad de apoderarse de las mujeres de sus amos (5). Esto ya sucedió el año 428 de Roma: los esclavos de Volsena, en Etruria, se hicieron dueños de la ciudad, se desposaron con las hijas de sus amos, y se arrogaron con respecto al matrimonio de las mujeres con habitantes de condición libre un derecho análogo al que la ligereza de algunos historiadores asigna, sin pruebas y contradiciendo

- (1) *Ibid.*, IV, 27.
 (2) Appiano, *De bello civili*, I, 120.
 (3) Cicerón, II, *Verr.*, V, 3; Valerio Máximo, VI, III, 5.
 (4) Plutarco, *Marcus Crassus*, 10.
 (5) Séneca, *Controv.*, III, 21.

textos explícitos, á los dueños de señoríos en nuestro país (1). Fué, en una palabra, el mundo al revés; pero el mundo antiguo, sobrecargado de esclavos, oscilaba tanto y tan frecuentemente, que á diario podía temerse un trastorno de esta naturaleza.

Un doble terror pesaba sobre la sociedad romana: los amos, temblando en secreto ante sus esclavos, sólo conseguían ser obedecidos por ellos obligándolos á temblar á su vez; y sucedía que un amo vivía en continua alarma en medio de centenares, y á veces millares de servidores que no tenían más ley que su voluntad. Si parecían demasiado unidos, tenía miedo de su concordia. Catón tenía por principio de gobierno promover frecuentes altercados entre sus esclavos (2). Si eran demasiado maltratados por los *ergastularii* esto infundía también temor al amo. Tened cuidado, dice Columela, porque si se los exagera, serán terribles (3). ¿Qué un esclavo tenía el espíritu vivo, inquieto? Prefiero los esclavos adormilados, decía Catón: los más inteligentes requieren que se los encadene más á menudo, añadía Columela; cuanto más inclinados estén á la indolencia, dice Paladio, menos lo están al crimen (4).

Las cláusulas de las ventas de esclavos, estudiadas por los jurisconsultos, revelan claramente las preocupaciones de los amos. Si por ignorancia compraban uno de esos desesperados que habían tratado de huir ó de darse la muerte, les quedaba el derecho de anular la venta (5).

Si alguien quería desprenderse de un esclavo cuyo resentimiento temiera, disponía que no pudiera vivir en tal sitio, que no se acercase á tal ó cual ciudad, que saliese de Italia, que no fuera nunca libertado: estas cláusulas tan frecuentes «han sido introducidas, dice Papiniano, para seguridad del amo y á fin de alejar de él todo peligro» (6).

(1) Valerio Máximo, IX, 2.

(2) Plutarco, *Cato major.*, 21.

(3) Columela, I, 8.

(4) Plutarco, *Cato*, 20; Columela, *ibid.*; Paladio, *De Re rust.*, XII, *præmium*.

(5) Ulpiano, en el *Dig.*, XXI, I, 1, § 1, 17, 23, § 3.

(6) Papiniano, *ibid.*, XVIII, VI, 1.

Pero, generalmente, resultaron inútiles tales precauciones. El odio subsistía en el alma de los esclavos, tan sumisos en apariencia: velaba, si era menester, meses y aun años, «alimentando en secreto su cólera, dice Luciano, encerrando en su pecho una inquina mayor cada día, guardando en su corazón un sentimiento y mostrando otro muy diferente, representando con la máscara alegre de la comedia una tragedia sombría y feroz» (1).

Quando la ocasión era propicia, se apresuraba el sangriento desenlace de la tragedia. En tiempos de Nerón, después de Mario y de Sila, después de las terribles proscripciones de los triunviros, después de los ríos de sangre que hicieron verter Tiberio y Cayo, escribía Séneca: «Más romanos han caído víctimas del odio de sus esclavos que del de los tiranos» (2).

Este rencor de los esclavos no era sólo individual, sino de clase; un rencor social, no contra tal ó cual amo porque era cruel, sino contra todo romano, porque, aunque fuese bueno y humano, era amo. «Ved á lo que estamos expuestos, exclama Plinio el Joven refiriendo el asesinato de un amo á quien sus esclavos habían sorprendido en el baño y mutilado horriblemente: he ahí los peligros, las injurias que amenazan, no ya á los más crueles, sino también á los más dulces de nosotros» (3).

«Créeme, dice Varron aludiendo á la fábula de Diana y de Acteón: ha habido más amos devorados por sus esclavos que por sus perros»; y añade una frase terrible, la frase propia del hombre dominado por el miedo: «Si Acteón hubiese tomado la delantera y hubiera devorado antes á sus perros, no le ridiculizarían hoy en el teatro» (4).

Los amos romanos, no queriendo ser ridiculizados de igual manera, trataban á sus esclavos con mano dura, de hierro. «Los amos, dice Cicerón en el más hermoso tratado de moral que nos legó la Roma pa-

(1) Luciano, *Calumniæ*, 24.

(2) Séneca, *Ep.*, 4.

(3) Plinio el Joven, *Ep.*, III, 14.

(4) Varron, *Sátiro Menipeo*, citado por Nonius.

gana, tienen derecho á ser crueles con sus esclavos si no pueden dominarlos de otra manera» (1).

Esta máxima pasó á formar parte de la legislación. Para obligar á los esclavos á velar por la vida de sus amos, una ley atroz, pero necesaria, los obligaba á exponer la suya propia. «Si no peligrase la cabeza de los esclavos, dice el *senatus-consulto silaniano*, ninguna casa se veía libre de las asechanzas de dentro ó de fuera» (2).

Todos los esclavos de un amo asesinado eran condenados á la última pena si no probaban que le habían defendido y que habían llegado hasta á exponer su vida por él. Era la abnegación impuesta bajo pena de muerte. Un corresponsal de Cicerón le cuenta que los esclavos de M. Marcelo, asesinado cerca de Atenas, aunque inocentes, huyeron, temerosos de que se les imputara el crimen (3).

Los jurisconsultos, con su sutileza y su precisión acostumbradas, consagran muchas páginas á comentar estas disposiciones, en vigor desde los tiempos de Cicerón, renovadas en los de Augusto por el senadoconsulto antes citado, y extendidas por Nerón á los libertos por otro senadoconsulto, «obra de venganza y de salvación», dice Tácito (4).

Comentaban con sangre fría de artista las soluciones más «elegantes», según Ulpiano (5).

Una de las disposiciones del *senatus-consulto silaniano* se hizo célebre. El año 61 de nuestra Era dióse el caso de que los cuatrocientos esclavos urbanos del prefecto de Roma Pedanio Secundo recibieran la muerte porque uno de ellos le había asesinado; y en la acalorada discusión que se suscitó con tal motivo en el Senado, y que Tácito nos refiere, se proclamó quesin semejante severidad, ningún amo podría dormir tranquilo en su casa. «Esta clase de hombres no puede dominarse más que por el terror», exclamó uno de los

(1) Cicerón, *De officiis*, II, 17.

(2) Citado por Ulpiano, *Dig.*, XXIX, V, 1.

(3) Carta de Sulpicio á Cicerón. *Ad. familiares*, IV, 12.

(4) Tácito, *Ann.*, XIII, 32.

(5) *Dig.*, XXIX, V, 1, § 12.

oradores: *colluuiem istam non nisi metu coercueris* (1).

Tal era la situación de los ricos, de los amos, rodeados de estas «naciones» de esclavos, para emplear una palabra pronunciada en dicha discusión; naciones, dice Séneca, «más numerosas y más temibles que muchos pueblos belicosos» (2).

En medio de esta guerra sorda, una poderosa excitación podía desencadenar la terrible revolución de esta multitud de enemigos ocultos, «de enemigos naturales» (3) que el mundo pagano encerraba en su seno. La Iglesia cristiana penetró desde el siglo I en todas partes. Tenía inteligencias en los palacios de los Césares, en las casas de los ricos, en las legiones, en los talleres, en las ergástulas; conquistó fieles en las más elevadas clases de la sociedad romana, pero sobre todo los reclutó en mayor número entre los desdichados que soportaban todo el peso de la civilización romana, entre los esclavos y la gente del pueblo que hacían causa común con ellos, «entre los tejedores, los zapateros y los bataneros» de que Celso habla con desdén (4).

Un entusiasmo ardiente se apoderó de aquellas almas sencillas, tanto más dispuestas á entregarse por entero á su nueva fe, cuanto que todo las repudiaba en el mundo en que vivían. El Cristianismo ejerció sobre ellas poder bastante para conseguir el sacrificio de su sangre, haciendo, más que soldados, verdaderos mártires. Podía exigirlo todo de sus fieles, especialmente de los esclavos convertidos, en quienes la obediencia no se enfriaba por ninguna consideración exterior, por ningún compromiso con el orden establecido. Si por la voz de sus misioneros la Iglesia primitiva hubiera brindado directamente la libertad á los esclavos, acaso habría estallado una guerra tan encarnizada como jamás los siglos presenciaron otra. «De tal manera estaba infiltrada en la sociedad la esclavitud, dice Channing, tan íntimamente hallábase ligada

(1) Tácito, *Ann.*, XIV, 42-45.

(2) Séneca, *De Benef.*, VII, 10.

(3) Tertuliano, *Apol.*, 7.

(4) Orígenes, *Contra Celsum*, III, 55.

á ella, y eran tantas las causas para una tremenda lucha servil, que una religión que predicara la libertad del esclavo, hubiese quebrantado por su base el orden social» (1).

Y refiriéndose á otro autor americano, á Mr. Wayland, añade: «Si el Evangelio hubiese cortado de golpe el mal, en vez de destruir sus principios, si hubiera proclamado la ilegitimidad de la esclavitud y enseñado á los esclavos á resistir la opresión, habría dividido en un momento al mundo civilizado en dos bandos de mortales enemigos; su predicación hubiera sido la señal de una guerra servil» (2).

He aquí lo que la Iglesia podía hacer, y lo que, sin duda alguna, hubiese hecho si en lugar de ser un instrumento de conversión lo hubiera sido de revolución. Ni uno solo de sus predicadores, de sus doctores, de sus apologistas, intentó llevarla por ese camino: los más exaltados sabían que la misión del Cristianismo tenía era obrar por dentro, nunca por fuera, y que no podía transformar al mundo más que induciendo á los hombres á reformarse á sí mismos. Un sabio historiador de la Iglesia, Mæhler, comprendió y definió perfectamente esta actitud del Cristianismo primitivo frente á la esclavitud: «La destrucción de la esclavitud en tierra cristiana, dice, se ha operado sin ruido, sin estrépito, sin el aparato externo de la elocuencia, sin trastorno de las Constituciones existentes, sin lucha abierta y sin efusión de sangre. Creo que esta ausencia de pretensiones, la simplicidad con que se produjeron tan grandes efectos, son precisamente el carácter más importante, el que imprime el sello distintivo del Cristianismo. El espíritu evangélico quiere, y aun exige, que se obre de esta manera, y me parece encontrarlo muy debilitado donde se siga una conducta opuesta. Considerada desde este punto de vista, la historia de la abolición de la esclavitud me parece tanto más interesante cuanto menos conocida es de los historiadores» (3).

(1) Channing, *De l'esclavage*, pág. 106.

(2) *Ibid.*, pág. 109.

(3) Mæhler, *Histoire de l'Église*, traducción Gams, t. I, página 646.

II

Lejos de aprovecharse del odio que los esclavos profesaban á la sociedad que los oprimía, los predicadores de la naciente Iglesia se esforzaron en dulcificar, en apaciguar la ira de aquellos corazones lacrados. «Esclavos, exclama San Pablo, obedeced á vuestros amos terrestres con la humildad con que obedeceríais á Cristo; no los obedezcáis con diligencia servil, que sólo sirve para adular y ensoberbecer á los hombres, sino de corazón, cumpliendo la voluntad de Dios: servid con buena voluntad para contentar á Dios, no á los hombres, y acordaos de que todo el bien que hagáis, seáis libres ó esclavos, os lo devolverá Dios» (1).

Tales palabras, semejante acento, hacían fácil y noble la obediencia. San Pablo recomendaba á los amos dulzura en términos que honraban al esclavo: «No mandéis á los esclavos más que cosas justas; y al hacerlo, acordaos de que también vosotros tenéis un amo en el Cielo (2). No los dominéis por el terror, porque tienen el mismo Dios que vosotros, y ese Dios juzgará á todos sin fijarse en la condición de las personas» (3).

Definiendo así los deberes de amos y esclavos, descubría todo su pensamiento. El Apóstol, que tenía tan vivo sentimiento de la dignidad humana, no podía ver sin estremecerse las humillaciones impuestas por la servidumbre á hombres á quienes la sangre de Jesús había redimido; y sabía demasiado bien á cuántos y cuán graves peligros se exponía su alma, á causa de la esclavitud, con amos tan corrompidos. Aconsejábales que adquiriesen la libertad tan pronto como pudieran: «Fuisteis convertidos siendo esclavos: no os importe; pero si se os presenta ocasión de libertaros, aprovechadla sin demora (4), pues fuisteis redimidos á de-

(1) *Ad. Ephesios*, VI, 5-8. *Ad. Colossenses*, III, 22-24.

(2) *Ad. Coloss.*, IV, 1.

(3) *Ad. Ephesios*, VI, 9.

(4) Traduzco así el célebre versículo 21, cap. VII, de la primera Epístola á los corintios. M. Wallón la interpreta de igual modo en la *Histoire de l'esclavage dans l'antiquité*, t. III, p. 5.

masiada costa para ser voluntariamente esclavos de los hombres» (1).

En realidad, éstos no son más que consejos: he aquí la doctrina de San Pablo, expresada en una sola palabra que contiene en germen la destrucción de la esclavitud: «Ya no hay diferencia entre el judío y el griego, el esclavo y el libre, el hombre y la mujer: todos sois unos en Jesucristo» (2).

San Pablo plantea así los principios y deja que se desenvuelvan, sin pretender sacar prematuramente consecuencias prácticas. Habla á menudo de los esclavos, se advierte que están siempre presentes en su imaginación; pero no se encuentra en sus escritos una sola frase que condene formalmente la esclavitud, á menos que se observe en un pasaje de la primera Epístola á Timoteo, donde se cita entre los mayores crímenes el *plagiat* (3), es decir, el robo de un hombre libre para convertirle en esclavo. Pero este crimen, muy frecuente en el Imperio, y que Augusto, Adriano, Diocleciano y Constantino procuraron reprimir (4), era la menos abundante fuente de la esclavitud: de cautivos y de hombres de servil nacimiento se alimentaban casi exclusivamente los mercados. San Pablo no habla para nada de eso; ni siquiera alude á

Varios comentadores de San Pablo la interpretan de diferente modo, y leen en ella lo siguiente: «Si puedes ser libre, aprovecha primero de tu esclavitud.». El texto griego y la versión latina autorizan una y otra traducción. San Juan Crisóstomo acepta este último sentido: *In Genesim*, Sermo V, 1; *Argument. in Ep. ad Philem.* No obstante, reconoce que «varios han opinado que el *magis utere*, se refería á la libertad y quería decir: Si puedes, recobra la libertad.». *In I. Cor.* Homilía XIX, 4. San Ambrosio parece aceptar el sentido que yo le doy: *In Psalm.* XLIII, Enarr. 42. Cornelio á Lapide considera que éste es el más probable sentido y el que más se ajusta al texto: *Corum, ad I Cor.*, VII, 21. Véase en sentido contrario una sabia nota de Alford. *The Testament Greek.* II, página 527.

(1) *Cor.*, VII, 32.

(2) *Ad Galatas*, III, 28.

(3) *Timot.*, I, 10.

(4) Suetonio, *Aug.*, 32; Spartiano, *Adr.*, 17; Diocleciano, año 287, en el *Código Just.*, IX, XX, 7, 15; Constantino, año 315, *Ibid.*, 16.

la venta de esclavos, que más tarde algunos Concilios habían de prohibir. Sin embargo, el pensamiento del Apóstol no puede ser dudoso; pero es notable su exquisita reserva. La única carta familiar que nos queda de él demuestra cuál era su proceder, qué derecho intentaba reivindicar, pero también con qué delicada prudencia señalaba él mismo los límites de la acción.

El esclavo de un cristiano llamado Filemon abandonó á su amo y se refugió en casa del Apóstol. Pablo le convierte, le bautiza, y después le restituye á su amo con una carta en que abre su corazón. «Tengo, dice, que pedirte un favor con respecto á mi hijo Onésimo, á quien, prisionero, convertí á la doctrina de Jesucristo. Antes no tenía ningún valor para ti; ahora es tan digno como tú y como yo. Te le devuelvo: recíbele como si fueran las entrañas mías. Hubiera deseado conservarle conmigo para que en tu nombre me sirviera durante el cautiverio que estoy padeciendo por el Evangelio; pero no he querido hacerlo sin tu consentimiento. Recíbele no ya como un esclavo, sino como un hermano querido; recíbele como me recibirías á mí» (1). Es indudable que tan sentida súplica obtendría la libertad del esclavo. Pero escribiendo así, Pablo demuestra que, de haber querido, podía haber empleado otro lenguaje: «Podría en nombre de Jesucristo tomarme la libertad de ordenarte algo que es deber tuyo hacer: no obstante, el amor que te profeso hace que prefiera suplicarte, aun cuando sea Pablo, viejo, y ahora prisionero por Jesucristo» (2); es decir, aunque se junten en mí los más imponentes caracteres de la autoridad natural y sobrenatural: el apostolado, la vejez y el martirio. Parece enteramente que habla la Iglesia misma: ruega en vez de exigir, no emplea toda la autoridad que tiene, atempera en cierto modo su fuerza por miramiento hacia una frágil sociedad.

En un libro por muchos conceptos interesante sobre *Séneca y San Pablo*, M. Aubertin, adelantando en un punto la tesis generalizada después por M. Havet, de-

(1) *Ad Philemonem*, 10-17.

(2) *Ibid.*, 8-10.

mostró que en los pasajes de sus epístolas en que se trata de los esclavos San Pablo no expuso, propiamente hablando, un pensamiento nuevo; que Platón, Aristóteles, Menandro, Cicerón y, sobre todo, Séneca proclamaron la natural igualdad de los esclavos y de los hombres libres. Eso es verdad, en parte al menos (1). La razón humana no perdió nunca por completo de vista estas grandes verdades. Pero tampoco tuvo la fuerza necesaria para hacerlas prevalecer; apenas lo intentó, y nada prueba mejor la relativa impotencia de la Filosofía, bastante clarividente para descubrir ciertas verdades, y demasiado débil, cuando está sola, para conquistar las voluntades. «La dificultad, dice Séneca mismo, no está en enunciar tales principios, sino en ponerlos en práctica» (2). En este terreno de la práctica la Filosofía se mostró débil, impotente, contradictoria. Cuando San Pablo recomienda á los esclavos que tengan paciencia, les recuerda para animarlos las recompensas de la vida futura. Séneca, compadecido de estos «humildes amigos» les aconseja el suicidio como único remedio de sus males; es decir, que á la vez que niega la vida futura, se reconoce incapaz de aliviarlos en la presente. He ahí en qué terminan hermosas y nobles teorías: si se quiere, como dice el Evangelio, juzgarlas por sus frutos, se llevará inútilmente la mano á las ramas del árbol, revestido de admirable follaje, pero estéril. En cambio, el Cristianismo no se limitó á exponer los principios, sino que infundió en los hombres la fuerza suficiente para traducirlos en actos. Los filósofos han dicho á veces lo mismo que los cristianos; pero sólo los cristianos lo han ejecutado. Aclarando con luz más pura las verdades ya descubiertas por la razón, y revelando á la inteligencia nuevas verdades, el Cristianismo proporcionó también un auxilio divino á las voluntades corrom-

(1) M. Wallon había citado ya todos estos textos (*Hist. de l'escl. dans l'ant.*, t. I, págs. 356-405, t. III, págs. 15-50), pero transcribiendo al mismo tiempo los pasajes de los mismos autores que los contradicen y disminuyen considerablemente el alcance de los principios por ellos proclamados.

(2) Séneca, *Ep.* 108.

pidas, enfermas, demasiado débiles para pasar por sí solas de la teoría á la práctica (1).

No tengo, pues, ningún inconveniente en reconocer las palabras favorables á los esclavos pronunciadas por algunos filósofos de la antigüedad. Uno solo de ellos me parece, sin embargo, que denunció concretamente la ilegitimidad de la esclavitud, y es Dion Crisóstomo, que vivió en los primeros años del siglo II. Ni Platón, ni Séneca, ni Epicteto profesaron tal doctrina; tampoco se encuentran trazas de ella en Marco Aurelio. Dion Crisóstomo se expresa hasta con una audacia de lenguaje á que no llegaron nunca los escritores eclesiásticos de los tres primeros siglos, contenidos, como los Apóstoles, por una prudente reserva cuyo motivo ya he indicado, y á lo cual me referiré nuevamente después.

«—¿En qué distingues tú, pregunta, al esclavo del hombre libre?—Esclavo es todo hijo de mujer esclava.—Pero ¿sabes quién es su padre? Y en cuanto á su misma madre, ¿en qué la reconoces como esclava?—Porque tiene un amo.—Pero si ese amo la posee injustamente, ¿no es de derecho libre?—Sí; pero como la compró...—¿A quién la compró?—O si nació en su casa...—¿De quién nació? Así podemos remontarnos hasta el primer esclavo; es decir, probablemente, á un prisionero de guerra ó á un hombre robado por bandidos: en todo caso, á un hecho violento, inicuo, sin ningún valor á los ojos de la justicia. ¿Es que ha podido derivarse un derecho de esta iniquidad?» (2).

Puede citarse al mismo tiempo que á Dion Crisóstomo á uno de los escritores eclesiásticos que en los siglos II y III combatieron más enérgicamente la esclavitud, Clemente de Alejandría. Sus libros contienen frecuentes alusiones á los esclavos. En todas las páginas recomienda dulzura para ellos, y se esfuerza en conseguir de sus contemporáneos que disminuyan su número, indignándose muchas veces de la inútil mul-

(1) Véase en mis *Études d'histoire et d'archéologie*, páginas 1-90, el capítulo titulado *La filosofía antigua y la esclavitud*.

(2) Dion Crisóstomo, *De servitute*, oratio XV. Me acojo á la traducción que M. de Champagny dió á este pasaje. *Les Antonins*, t. III, pág. 426.

titud de servidores que llenan las casas. Pretende que el amo y la señora se preocupen de la educación moral de sus esclavos; quiere que se les enseñe la castidad; prohíbe cuanto pueda atentar á su pudor, y condena hasta las estampas al parecer más inocentes. Pone en un mismo nivel el respeto á los padres y á los esclavos; quiere que el amo cuide de la vocación religiosa del esclavo que sienta inclinación hacia una vida más perfecta que la de los simples cristianos; pinta á los esclavos soportando tan valientemente como sus amos los suplicios infligidos á los adoradores de Cristo, y elevándose como ellos á la dignidad de mártires. Habla en favor de los esclavos con una fuerza, una ternura, un profundo y religioso sentimiento, cuyo equivalente no se encuentra en ningún escritor pagano (1). Se observa que lleva en su alma, por decirlo así, la de estos humildes hermanos cuyo abogado se hace. Como los Apóstoles, no discute; trata sólo de persuadir. He aquí en qué términos resume su lenguaje y se lo apropia:

«Así como Pedro recomienda á los esclavos que sean sumisos y respetuosos con los amos, igual con los buenos y clementes que con los desagradables y molestos, también la equidad, la paciencia y la bondad convienen á los amos. En resumen, según el lenguaje del Apóstol, formad con ellos una sola alma, sed misericordiosos y tiernos para con vuestros hermanos, á fin de ser herederos de toda buena y amable bendición» (2).

Otro padre del siglo II, anterior á Clemente de Alejandría, habla de esta cuestión de la esclavitud en términos que merecen ser notados. Adviértese que se preocupa de evitar el reproche que producía naturalmente en labios paganos la santa novedad de la moral cristiana, y de demostrar que, tanto él como todos sus hermanos, no son enemigos de la civilización romana: «¿Manda el Príncipe satisfacer tributos? Dispuesto estoy á pagarlos, dice Taciano. ¿Ordena el

(1) Clemente de Alejandría, *Pædagogium*, III, 5, 7, 9, 11, 12; *Stromata*, IV, 19.

(2) Clemente de Alejandría, *Pædag.* III, 11. primer capítulo de San Pedro, VI, 18.

amo obediencia y servidumbre? Con gusto me someto á ellas (1). Después hace el retrato del cristiano: «No quiero reinar, no quiero ser rico, rechazo la pretura, odio ellibertinaje, no deseo navegar ni ser comerciante, no lucho para obtener coronas, desprecio la muerte, soy superior á toda clase de enfermedades, la tristeza no envenena mi alma. Si soy esclavo, soporto mi esclavitud; si soy libre, no me jacto de serlo». En estas palabras se advierte más de una señal de aquella exageración moral que debía un día alejar á Tatiano de la ortodoxia; parece confundir las ocupaciones permitidas con los actos culpables, y hacer de la indiferencia entre la libertad y la servidumbre un deber del alma elevada por la fe por encima de este mundo. Es menos humano que San Pablo; pero puede verse también en esta actitud de Taciano una muestra del cuidado con que los apologistas de la primera edad cristiana evitaban todo lo que hubiera podido poner á la Iglesia naciente en pugna con el orden establecido. Los espíritus inquietos traducían esta preocupación en palabras exageradas; los espíritus moderados, como Clemente de Alejandría, la convertían en una reserva llena de caridad, cuyo carácter intencionado nadie puede desconocer.

El modelo estaba en un célebre escrito del I ó del II siglo, la *Doctrina de los doce apóstoles*, impregnado del espíritu apostólico, y donde resuena distintamente el eco de las palabras de San Pablo que ya hemos citado: «No tratarás con acrimonia, dice, á un esclavo ó á una criada que confían en el mismo Dios que tú, á fin de que no pierdan el temor á ese Dios, que es para ellos lo mismo que para ti, porque para El no hay acepción de personas cuando acuden á su llamamiento, y sólo llama á los que están preparados por el Espíritu Santo. Pero vosotros, esclavos, sed sumisos á vuestros amos como á imágenes de Dios, y obedecedles con modestia, con humildad y con temor» (2). En los escritos de Orígenes y de Tertuliano mismo, como en las *Constituciones apostólicas*, se advierte igual circunspección. Tertuliano aconseja al amo y al esclavo,

(1) Taciano, *Adv Græcos*, 11.

(2) Descubierta y publicado por Bryennios en 1883.